



Oscar Castro, nació en Rancagua el 27 de marzo de 1910. Murió el primero de noviembre de 1947. Vivió poco y escribió mucho. Su amigo Nicomedes Guzmán, nacido Oscar Nicomedes Vásquez Guzmán, cuatro años después, en el barrio Club Hípico de Santiago, vivió del mismo modo, muy poco. Murió también al cumplir cincuenta años. Escribió en abundancia. Alguna vez, para sintetizar el trayecto fugaz de su breve existencia, anotamos: "Se quemó por las dos puntas". Nicomedes Guzmán tendría hoy la edad de Eduardo Anguita, la de Roque Esteban Scarpa, la de Nicancor Parra. Oscar Castro, de haber sobrevivido a la dolencia pulmonar que lo aniquiló, tendría la edad de Hernán Cáfias, sería un año menor que Benjamín Morgado, dos años más joven que Diego Barros Ortiz y ostentaría cuatro menos que Humberto Díaz Casanave.

Recordemos un poema de Oscar Castro. A ver. La Cabra: "La cabra suelta en el huerto/ andaba comiendo albahaca/ Torenjil comió después/ y después tallos de malva/ Era blanca como un

Primero de Noviembre a las cinco de la tarde: la muerte de Oscar Castro

Por: Pablo Cassi

queso/ como la luna era blanca./ Canasada de comer hierbas/ se puso a comer retamas./ Nadie la vio sino Díos./ Mi corazón la miraba./ Ella seguía comiendo/ flores y ramas de salvia./ Se puso a balar después/ bajo la clara mañana./ Su balido era en el aire/ un agua que mojaba./ Se fue por el campo fresco/camino de la montaña./ Se perfumaba de malvas/ el viento cuando balaba".

Fácil todo, ¿verdad? ¿Qué habría pasado con Oscar Castro sin el ejemplo de García Lorca?

Al hispanista Ian Gibson le parece muy probable que la clave de la atracción de la poesía y del teatro de García Lorca -de cuya absurda muerte por ejecución de enemigos políticos, en los comienzos de la guerra civil del año 36 en España, se han cumplido más de cincuenta años-, atracción, por lo visto, no amirorada por la

traducción a otros idiomas, resida en la naturaleza esencialmente metafórica del lenguaje lorquiano, que corresponde a una visión primitiva, mística del mundo.

Cuando uno escucha la canción "Alfonsina y el mar" recuerda a Oscar Castro en la trilogía de su poema "Muerte de Alfonsina Storni", del libro "Viaje del Alba a la Noche" (1940). Allí, Oscar Castro, sólo siete años de distancia de su propia muerte escribía: "Todos los barcos perdidos/ tocaban negras sirenas,/ cuando Alfonsina se erguía/ sola, entre el mar y la tierra./ El Atlántico soplaba/ su caracol de tormentas..."

La generación de 1938, que otros consignan como de 1940, se impregna del descubrimiento del hombre y del paisaje a través de la visión metafórica.

A modo de ejemplo, recójamos frases iniciales de la prosa narrativa de Oscar

Castro: "Hace tiempo que el viento se empeina en afilar las tapias barbudas del cementerio" (La Apuesta); recordadas unas sobre otras, las cresterías de las cordilleras barajan sus naipes pétreos hasta donde la mirada de Rubén Olmos puede alcanzar... (Lucero); "Roberto Cáceres. El peine viene por el camino remolcando su sombra..." (Un hombre y un peño); el camino viene cansado del cerro. Allí, junto al estero, da una vuelta de pecho con sueño y se acuesta después en el remanso... (Chumingo); "Desde meses atrás, un caballo de miedio galopaba la comarca..." (El último disparo del negro Chávez); "en los ojos nocturnos de Celedonio Parra harajáñanse lentamente los naipes verdes del protal..." (El Conjuro). Podemos seguir...

Pasemos a otro exponente de la generación de 1938. Esta vez, Juan Godoy (que no es mi amigo editor de Coquimbo). Este otro Juan Godoy, nació en 1911. En cifra solitaria, capituló V, abre así la espita de las imágenes: "Aquel día salió por los vientos del otoño. Chascaba bajo mis pies el oro viejo del sendero y de las charcas entre los desnudos áboles..."

Luego, la voz de Andrés Sabella (1912) en su obra Sobre la Biblia un Pan Duro:

"La tristeza es la ornamentación de mis ojos. Un sol de mariposas vigila mi cabeza..." (manuscritos de Judas).

Y Daniel Belmar (1906) en Roble Huacho, (libro que el autor me obsequiara en 1985 con una dedicatoria que aun no merezco): "La vida del pueblo paipita -como un corazón lento- por la arteria gris, esclerosada, polvorienta, de su unicalle..." Y naturalmente, el jefe de la escuela, Nicomedes Guzmán, en su obra cumbre, La san-

gre y la esperanza: "El otoño estaba a las puertas de aquel día con su rostro de mendigo enjuto y lánguido. Sus harapos tenían el color indefinido de las brumas..."

La Guerra de España (1936-1939) y las alianzas populares antifascistas de aquella década ejercen un dominio enorme sobre la conciencia y la subconciencia de la literatura. Con motivo de la muerte en el ruedo del gran torero que había sido Ignacio Sánchez Mejías, Federico García Lorca llora así la desaparición de su enemigo: "Cuando el sudor de nieve fue llevando/ a las cinco de la tarde./ Cuando la plaza se cubrió de yodo./ a las cinco de la tarde./ la muerte puso huevos en la herida/ a las cinco de la tarde. A las cinco de la tarde./ A las cinco en punto de la tarde.

La guerra entre el toro y el hombre fue el preludio de la otra guerra. La muerte llegó entonces "a poner huevos" en todas las heridas. El lenguaje de los poetas y prosistas de la época se tornó mítico, esencialmente metafórico, el leit motiv de la desgarradora primitiva de la historia.

Primero de noviembre a las cinco de la tarde, la muerte de Oscar Castro [artículo] Pablo Cassi.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cassi, Pablo, 1951-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Primero de noviembre a las cinco de la tarde, la muerte de Oscar Castro [artículo] Pablo Cassi.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)